

PRIMERA PARTE

LA PERSONA QUE IMITA

CAPÍTULO PRIMERO

La persona consciente de si misma.

§ 1.—LA DIALÉCTICA DEL DESENVOLVIMIENTO PERSONAL

1. «Una de las más interesantes tendencias de todo niño en sus reacciones respecto del medio, es la que se encamina á reconocer las diferencias de la personalidad. Responde dicha tendencia á lo que ha llamado «sugestiones de personalidad.» Ya en el segundo mes distingue á su madre, á su nodriza, en la obscuridad. Aprende los modos característicos de tenerle, de cogerle, de moverle, y se adapta á esas variaciones personales. Su conducta es muy diferente respecto de las cosas y de los seres que no son personas. Tal es, á mi juicio, el primer paso que da el niño para adquirir un sentido de las cualidades que distinguen á las personas. El sentido de la incertidumbre se desarrolla más y más en sus relaciones con las personas. Determina una persona por un grupo de experiencias completamente inestable, tanto en su significación verdadera, como en la histórica. Para mayor brevedad en la expresión, podemos llamar á este primer estado de desenvolvimiento en la conciencia personal del niño, el estado *proyectivo*.

«La observación ulterior de los niños revela que el agente de transición del sentido proyectivo al subjetivo de la personalidad es el niño mismo activo, y el método estriba en la *función de imitación*. Cuando el organismo está suficientemente desenvuelto para ampliar el campo de su actividad con nuevas adaptaciones, comienza á no darse por contento con «proyectos» de contemplación y se compromete en el camino de la imitación. Y, naturalmente, imita á las personas.

» Además, las personas son cuerpos que se mueven. Y entre esos cuerpos en movimiento, que tienen para él ciertos atributos proyectivos, hay uno muy peculiar é interesante, que es su propio cuerpo. Hay ciertos rasgos íntimos, que otros no tienen (sentimientos de fuerza, tensión, resistencia, dolor, etc.), una serie de hechos interiores que se unen á las nuevas series imitativas. Pero sólo cuando se ha hecho una experiencia peculiar, la del esfuerzo, es cuando aparece ese plan de ajustamiento en su experiencia, el cual indica el origen de la volición, y que distingue las primeras series realmente *subjetivas*. Lo que primeramente ha sido *proyectivo*, se convierte ahora en «subjetivo». Este estado podemos llamarle el estado *subjetivo*, en el desarrollo de la noción de sí mismo. Rápidamente se asimilan todos los elementos, que á los ojos del niño distinguen su cuerpo de todos los demás agentes corporales—toda la serie pasiva interna de penas, placeres, esfuerzos, etc. Fácil es ver lo que ocurrirá ahora. El sentimiento subjetivo del niño, por una especie de vuelta dialéctica, ilumina las demás personas. Lo «proyectivo» del primer período se ilumina y adquiere relieve, y pone el vestido de la personalidad por analogía con lo subjetivo. Lo subjetivo se convierte en *eyectivo*; y así el niño se dice á sí propio que otros cuerpos tienen experiencias *suyas* semejantes á las mías. Tienen también su *yo*; yo las asimilo á mí mismo. Este es el tercer estado; lo *eyectivo*, ó yo social, nace.

» El «ego» y el «alter» nacen de este modo juntos. Ambos son imperfectos é irreflexivos, ampliamente orgánicos. Y los dos se aclaran y purifican merced á la doble reacción entre lo

proyectivo y subjetivo, y entre lo subjetivo y eyectivo. Mi sentimiento de mí mismo se forma por imitación de vosotros, y mi sentimiento de vosotros, se forma merced á mi sentimiento de mí mismo. El *yo* y el *alter* son así esencialmente sociales; cada uno es *socius*, y además una creación imitativa (1).»

Este recíproco influjo entre el individuo y sus semejantes, considerado en general, podemos llamarlo *La dialéctica del desenvolvimiento personal*. Sirve de punto de partida para las principales indicaciones desenvueltas en las siguientes páginas.

§ 2.—LA PERSONA COMO UN YO

2. Lo expuesto nos proporciona el punto de partida de nuestras opiniones sobre la persona, tal como se aparece á sí misma en sociedad. Si es cierto—como numerosas pruebas lo demuestran—que lo que la persona piensa de sí misma es un polo ó término de una oposición en el sentido de la personalidad en general, y que el otro polo ó término es la idea que tiene de otra persona, el *alter*, es imposible aislar en ningún momento el pensamiento de sí mismo y decir que, pensando en sí mismo, no piensa, esencialmente, en otro al propio tiempo (2). Lo que llama ahora él mismo es en una gran

(1) Cita de *Mental Development in the Child and the Race*, prim. edic., pág. 335 (publicado también en *Mind*, Enero, 1894, págs. 40 y siguientes). El Prof. Royce ha tomado en este punto una posición análoga. (*Good and Evil*, prólogo y caps. VII y VIII; y lo siguen ahora (1901) Stout, *Man. of Psychol.*; Mezes, *Ethics*; Ormond, *Foundations of Knowledge*, etc. Cons. Avenarius, *Der menschl. Weltbegriff*. He indicado en mi obra anterior (*Ment. Dev.*, pág. 339) la relación de mi posición con la teoría de Avenarius sobre la *Introjección*. Respecto de ciertos paralelos antropológicos sugeridos por Höfding y Avenarius, véase Apénd. F.

(2) Aislado los «elementos concebidos» en el yo, no niego la existencia de la sensación orgánica y del sentimiento; pero creo poder prescindir ahora de ellos. En el Apénd. E hago breves indicaciones acerca de las posiciones de Bradley y Royce, que podrían servir de introducción á una idea más completa de la psicología de la conciencia personal.